

que lo señala Heidegger, ni la curiosidad, ni la ambigüedad son inseparables de la sociedad; puede ser esto parcialmente verdad en nuestros días, pero no puede generalizarse esta apreciación a la sociedad humana en general. El estudio sociológico de la coexistencia se encuentra en la actualidad con muchos problemas sin resolver, algunos de los cuales ha sabido plantear con perfecta corrección Heidegger, aunque el autor del artículo que comento señala la generalización injustificada que aquél aplica.

Por la incorporación del individuo a una estructura temporal experimenta una ampliación de su propio horizonte, incorporando a su propia existencia técnicas, costumbres, significados y valores, desarrollados a través de largos períodos de tiempo.

La coexistencia es un proceso de interacción, no sólo en el tiempo, sino en el espacio, que permite la correspondiente ampliación del espacio con que cuenta el individuo.

El «mundo» es el lugar en que ocurren las continuas proyecciones de las estructuras transpersonales, referentes a espacio y tiempo. Es la continua transformación del tiempo astronómico en un sistema de significación referente a puntos pasados y futuros de la existencia individual, la continua transformación del «habitat» geográfico en espacio social.

Que los individuos se pierden completamente en el mundo o que sean capaces de mantenerse atentos a su propio fin personal, no está determinado por el proceso social, sino por la fortaleza o carencia de creencias en algo que está fuera de la sociedad, tal creencia puede integrarse incluso dentro del propio proceso social. Las culturas en que no se da este caso tienen de común la forma circular, envolvente, girando en derredor de sí mismas, sin referencia a últimos fines fuera de ellas. El yo, al desplegar-se en tales sociedades, corre el peligro de perderse en el «nosotros», sumergido en la sociedad y limitado por ella. La pérdida del yo no es inevitable, merced al dinamismo de la persona, basado en su destino trascendental: Sólo en esta perspectiva el fin del «yo» se hace significativo y distinto. Una cultura integrada en las bases del personalismo cristiano puede desarrollar un mundo que no requerirá la alienación como precio de la participación social.

Es indispensable el equilibrio entre los

dos aspectos de cada acción social (las actividades encaminadas a la consecución de los objetivos específicos de un grupo, dentro de un lapso de tiempo mayor o menor y la proyección hacia afuera del propio grupo en el espacio y en el tiempo). Debido a la coexistencia de estos dos elementos sociales, las situaciones se hacen profundamente ambiguas, porque los conflictos de interés, poder y prestigio provocan amplias discrepancias entre la situación verbal y la real. La ambigüedad de las relaciones sociales crea fuertes sentimientos de inseguridad, hostilidad y agresión y pueden amenazar la verdadera continuidad de los grupos sociales.

La persona está orientada hacia su propio fin. La existencia es una progresión hacia este fin y, al mismo tiempo, una expansión del yo, que viene dado dentro de una existencia en un particular espacio y tiempo. El yo en sociedad actualiza parte de sus potencias en decisiones, ajustes, cooperación e integración y no puede ser separado de la estructura de espacio y tiempo sociales que rodea al individuo, que se encuentra implicado en estas referencias transpersonales. El despliegue del yo es un proceso de interacción entre las propias potencias de una persona individual y la estructura social en la cual aquélla ha sido colocada. Para la expansión del campo de las experiencias y acciones individuales la sociedad es el principal instrumento, por medio del cual, la persona puede realizar su ser. La existencia humana no se pierde, se encuentra y, por medio de la coexistencia, alcanza su último fin.—M. del P. M.

FRANCIS (Roy G.): *Science and Prediction*, en «The Midwestern Sociologist», Blair, Nebraska, vol. XVII, primavera, 1956, núm. 2, págs. 7-12.

La conducta humana se ha manifestado siempre interesada de una u otra manera por el futuro, y, en general, se puede afirmar que todo acto se basa en un cierto supuesto del porvenir. Aunque tal suposición es, la más de las veces, implícita, no es tampoco raro el caso de preocupación explícita por lo venidero. Diversas prácticas religiosas, mágicas y científicas, resultan en afirmaciones concernientes a tiempos que han de venir. El *quid* está en el grado de certeza que puede relacionarse con cada

uno de estos productos. El problema principal de que trata este artículo es el de la relación de la predicción con la ciencia y las consecuencias de tal relación respecto a la actividad conocida por predicción. La predicción, según dice Horst, consiste en «averiguar los elementos personales y situacionales asociados al desempeño exitoso de una actividad, de modo que puedan ser usados para estimar el grado de éxito de un individuo determinado antes de emprender la actividad».

Se esté de acuerdo o no con la definición anterior, no hay más remedio que convenir que toda predicción contiene una afirmación relativa o diferentes conjuntos de datos, y, asimismo, una estimación referente a la ocurrencia futura de estos mismos datos. Y en las ciencias experimentales, la actividad predictiva es un medio de probar proposiciones que establecen relaciones. En cierto modo, la ciencia se ocupa más de proposiciones sobre las cosas que de las cosas *per se*. Además, la comunicabilidad es característica esencial de la ciencia y, por ende, sólo lo que puede comunicarse puede ser incorporado al cuerpo de la ciencia.

Fijado lo anterior, basta decir que la meta de la ciencia es un sistema de proposiciones comprobables acerca de fenómenos empíricos. Que la meta del científico sea la predicción es otro caso.

Los elementos de toda predicción son tres: 1) Una aserción de relación o relaciones; 2) la observación de datos existentes contenidos en la premisa de la proposición hipotética, y 3) estimación de cierta situación futura, conclusión lógica de la relación entre la proposición y el hecho existente. Científicamente, concluye el autor, sólo en la medida en que una investigación puede ser repetida es posible la predicción empírica.—
S. del C.

HUGUES (Everett C.): *Sociale Role and the Division of Labor*, en «The Midwest Sociologist», Blair, Nebraska, vol. XVII, primavera 1956, núm. 2, páginas 3-7.

^ Todos los modos de estudiar el trabajo conducen irremisiblemente al obvio hecho de la división del trabajo. Tal hecho subyace implícitamente toda descripción de ocupaciones y tareas,

toda consideración de cifras y migraciones de mano de obra, de aprendizaje de técnicas y de precios. Y a su vez, la división del trabajo implica interacción; no simplemente que lo que hace un hombre es diferente que lo que hace otro, sino también que ambas labores forman parte de un todo. Y la esencia de tales *todos* es interacción. El trabajo, como interacción social, es el tema central del estudio sociológico y psicológico-social del trabajo. El concepto de *cometido social*, por otra parte, es útil en cuanto que facilita el análisis de las contribuciones de los individuos a la interacción, cuyo resultado es el todo social.

Al considerar el cometido social en relación con los tipos de trabajo, una primera división resulta aparente, que existen cosas que se hacen *a* la gente y cosas que se hacen *por* la gente. Naturalmente, lo anterior no implica que no existan tergiversaciones en el sentido de que, por ejemplo, los niños consideran la disciplina escolar como algo que se les hace *a* ellos más que como algo que se hace *por* ellos. Otra consideración inseparable a los tipos de trabajo es la ambigüedad característica a su designación, en términos de honorable, respetable, limpio y demás. Caso evidente es el de las profesiones, esto es, unas pocas ocupaciones de gran prestigio y altos conocimientos, cuyos miembros hacen cosas por los demás, que empero requieren ciertas alianzas con bajas y despreciadas ocupaciones, como sucede con los abogados de las novelas de Dickens.

La relación del trabajo con lo «sucio» puede verse en el caso de la medicina, cuyos profesionales gozan de un alto prestigio en nuestra sociedad, principalmente en virtud de su lugar en el patrón de la división médica del trabajo. Dos características de ella son: 1) Que el nivel de la confianza pública en la competencia técnica y buena fe del sistema médico es muy alto, y 2), que casi todas las funciones médicas, excepto, quizá el aborto, se han concentrado en instituciones controladas en gran parte por médicos. Y la división del trabajo aquí es notable por su jerarquía. Las funciones menos importantes son desempeñadas por los inferiores en la escala, y además, requieren normalmente más constante atención y desvelo. Al presente, dos tendencias contrarias están operando en el caso de